



Un esclavo abre las venas a Séneca y su mujer, en el baño.

LA HORA DEL SUICIDIO

POCO a poco van cayendo los temas tabúes. La sociedad actual, que pueden unos considerar amoral; hipócrita otros; decadente la mayoría; pernicioso y timorata los revoltosos de la avanzadilla, no soporta que un impúdico velo siga ocultando temas que durante siglos fueron considerados inmorales, valga decir la prostitución, el aborto, la homosexualidad y la droga. Ahora le llega el haz luminoso de la reflexión a la par que de la moda, al suicidio y a la eutanasia.

Antes de hablar de cosas serias contaré lo que está sucediendo en la Universidad de Maryland, en los EE.UU., donde el profesor Daniel Leviton lleva un curso de iniciación a la muerte. Lo imparte durante tres horas semanales y es uno de los más concurridos, sobrepasando en alumnos a la de educación sexual. Los libros de texto van del clásico Durkheim y antes, Montaigne (porque diré

RAMON CHAO

entre paréntesis que la literatura del suicidio es inagotable) Farberow-Shneidman catalogó en 1961 unos seis mil títulos y desde entonces siguieron proliferando, de modo que el candidato al suicidio que quisiera enterarse exhaustivamente de su caso necesitaría varias vidas); del clásico «Estudio sociológico del suicidio», de Durkheim a otros más recientes, como los de Litman y Romi, pasando por los estudios de Freud y del jesuita Marc Oraison. Además de estos volúmenes mortales, los cursos de tanatología de aquella universidad comportan trabajos prácticos como son visitas a cementerios, asistencia a entierros, visitas a moribundos en los hospitales y cosas así.

Con estos cursos piensa el profesor Leviton que podrá inculcar en sus alumnos el respeto a la vida gracias al conocimiento de la muerte, alejando de ellos la idea del suicidio, y hasta puede que sea así, pues ya

decía La Rochefoucault que ni la muerte ni el sol se pueden mirar fijamente y los tanatólogos que la atracción por la autodestrucción proviene precisamente del misterio que rodea al acto final, y en las sociedades que llaman primitivas, en las que se montan rituales mortuorios, la gente no se suicida.

Otro, el profesor Roger Amiel, psiquiatra de la Educación nacional en Francia, piensa y dice que hay que llevar el suicidio a la plaza pública, desmitificarlo así para que deje de ser operante, y le han respondido de forma ruidosa en Inglaterra los de la asociación Exit (salida), que militan de forma activa «por el derecho a una muerte digna». Sus dirigentes, entre los que se encuentran lores, obispos, diputados, escritores y actores famosos, como Peggy Ashcroft y Arthur Koestler, han enviado a todos los adherentes un opúsculo radical en el que describen minuciosamente los métodos más seguros para lograr una «muerte dulce» sin molestar a nadie y sin dejar un cadáver impresentable,

LA HORA DEL SUICIDIO

que en esto son muy quisquillosos los ingleses...

... cuando el libro del buen morir llegó a manos de mistress Crystal, una lucecilla de esperanza alumbró la mirada de esta anciana que soportaba sin resignación unas dolorosísimas esclerosis en placas. Al fin la enferma incurable iba a poder matarse rigurosamente, pues ya había fallado dos intentos de suicidio. Y así fue, de manera tan sonada que Scotland Yard creyó oportuno interrogar al último médico que la asistiera, y que le había proporcionado la asociación pro eutanasia. El galeno fue acusado de haber «animado y ayudado» a la señora Crystal a matarse, pues si bien la tentativa de suicidio no constituye un delito en Inglaterra desde 1961, los «cómplices» de los suicidiarios se exponen a castigos que pueden llegar hasta catorce años de encierro.

Y se desencadenó la polémica. La British Medical Association atacó diciendo que la cartilla letal trivializa el suicidio, cuando no lo preconiza. Otros grupos antieutanásicos temen que ciertos parientes de inválidos, de paráliticos, de subnormales puedan desembarazarse de ellos gracias a los modos de empleo del manual, en caso de que los propios interesados, si así se les puede llamar, no les hayan ganado por la mano al comprobar que son un estorbo para la familia.

No obstante, «Exit» sigue remitiendo el vademécum del final indoloro a todo el que se lo pide, contra reembolso de tres libras esterlinas e informa a los enfermos sobre su derecho a rechazar los tratamientos médicos que crea abusivos y destinados a prolongarles la vida contra su parecer; recomienda a sus miembros que lleven siempre consigo una declaración notarial en la que ruegan que no se les auxilie en caso de que la única salida a la muerte sea una invalidez de grado elevado o una merma sensible de sus capacidades mentales.

Lo mismo que en Inglaterra está ocurriendo en Holanda. También circula por este país una cartilla del suicidio, y decenas de millares han firmado holandesas con un «testamento de vida» en el que solicitan la «abstención terapéutica». En Francia funciona la Asociación por el derecho de morir con dignidad, cuyo «testamento biológico» reza así: «Tras una reflexión profunda, en plena libertad y gozando de todas mis facultades mentales ordeno que si debido a una enfermedad, accidente u otra causa cualquiera me quedase privado de mis facultades mentales o físicas, y que la ciencia no me garantizase la restauración de esas facultades: 1.º

que no se me aplique ningún remedio o técnica destinada a mantenerme en vida o a prolongármela físicamente.

2.º que no se me aplique ningún remedio o técnica destinada a mantener o a despertar mi conciencia.

3.º que se me aplique la eutanasia «activa».

Nadie debe hacerse ilusiones, pues documento tal no asegura una metamorfosis (como decía un cafetero de mi pueblo) sin dolor. Es papel mojado al que la oficialidad no concede ningún valor jurídico y sólo serviría para dar indicaciones al médico que decida suspender el tratamiento, o tranquilizarle la conciencia. Pero no le evitaría complicaciones penales. Como dije del código inglés, todas las legislaciones son intransigentes con la eutanasia. En realidad no se le considera como un acto específico, sino como un homicidio voluntario con premeditación que puede costar la pena de muerte o al menos trabajos forzados, si se reconocen circunstancias atenuantes. Pero en ningún caso se concede la no premeditación, y mucho menos que se trate de un homicidio involuntario ya que, precisamente, de lo que se intenta siempre es no fallar el acto.

También hay incompatibilidad total entre la deontología médica oficial y la eutanasia, entre curar y matar, que así es de forma brutal y esquemática. En el código médico francés el médico se compromete a «tener por preocupación primordial la conservación de la vida humana, incluso cuando alivia los dolores» y el belga

subraya que «la eutanasia es indigna».

Sin embargo, los tribunales y los colegios médicos suelen ser clementes en los casos más dolorosos de eutanasia. Hace unas semanas el profesor francés Minkovski reconocía por la televisión que muchas veces había dejado extinguirse a recién nacidos que llegaban con malformaciones incurables, y el mes pasado un tribunal holandés absolvió a la doctora Sybrandy, acusada de haber proporcionado barbitúricos a un enfermo «que sólo podía esperar sufrimientos y miserias en la vida».

De eso a legalizar la eutanasia hay un paso que tal vez nunca se dé, y que tal vez más valga. Porque existe el peligro que llama el doctor Portes «de deslizamiento». Vale decir, que si se autoriza la eutanasia agónica, acortar sufrimientos de los últimos momentos, pronto se querrá ensanchar la brecha legal hacia los enfermos incurables; de éstos a los subnormales, a los alienados, a los viejos, a los inútiles, y por qué no, a los «elementos antisociales». No se trata de una mera especulación teórica, y algunos ejemplos históricos demuestran que al convertirse en legal, la eutanasia humanitaria corre el riesgo de transformarse en utilitaria. Sucedió en los EE. UU. en 1906. El Parlamento de Ohio admitió la eutanasia en los enfermos insanables. Diez meses más tarde los diputados de Iowa la reconocían para los niños anormales. Ante el peligro hacia otras categorías de enfermos, el Congreso de Washington abolió ambas

Suicidio de un pintor en el siglo XIX.





Sócrates bebiendo la cicuta.

leyes. Algo parecido ocurrió en la Unión Soviética, que el código penal de la República de Rusia suprimió los castigos por «la muerte por piedad» en 1922. Al cabo de medio año intervino el Comité ejecutivo de la Unión de las Repúblicas soviéticas para reintroducir el delito, por lo que estaba sucediendo y por lo movedizo que es este terreno de la incurabilidad. Lo que es irremediamente mortal hoy puede dejar de serlo mañana, y los defensores del *statu quo* moral arguyen siempre el caso del médico que decidió abreviar los dolores de su hijo, condenado por una difteria aguda, y cuando había cumplido con su conciencia supo que el doctor Roux acababa de descubrir un serum que podría haberlo salvado.

Vuelvo al principio: sucede con el suicidio y con la eutanasia, *mutatis mutandis*, como con el aborto, con la homosexualidad, con la prostitución, con la droga. ¿Se puede o no se puede? ¿Hasta dónde? ¿Hay situaciones en las que lo que está moralmente reprobado puede ser admitido? Ya se habla de esto, y en particular la «eutanasia negativa» —el dejar morir— se ha puesto de actualidad debido a los

progresos de la medicina. Las técnicas de reanimación pueden mantener un simulacro de vida en un cuerpo biológicamente muerto, cuyo cerebro ofrece un electroencefalograma desesperadamente liso. Franco y Tito. Agonías crueles, inhumanas. ¿Hubiera sido un crimen dejarlos morir naturalmente? ¿Ha sido un crimen, al contrario, suspender las inyecciones, desenchufar los aparatos, cortar las sondas, cesar las perfusiones—, todo lo que hubiera podido mantenerlos en vida hasta hoy? —¡meigas foral!

Si ya la eutanasia no resulta totalmente inaceptable para la opinión pública, y muchos médicos la practican discretamente en casos desesperados, sustituyendo la muerte lenta y dolorosa por otra, eufórica y más rápida, la reflexión sobre el suicidio empieza a extenderse también en los medios de comunicación. Lejos están los tiempos aquellos en que este acto fatal y los estadios anímicos que podían provocarlo se atribuían a gente anormal. Y aunque se le siga concediendo toda su importancia a las perturbaciones de la personalidad y a diversos factores psicopatológicos, el movimiento de ideas tiende a cen-

trarse en las condiciones de vida que ofrece la sociedad. Por otra parte, la opinión pública, sensibilizada por suicidios espectaculares, de gente famosa, empieza a comprender las decisiones definitivas de ancianos solitarios, de personas que creen haber vivido lo suficiente como para no esperar nada nuevo ni bueno de lo que les queda, que sufren alguna enfermedad incurable, o que no quieren ser un peso para la familia. Se empieza a comprender incluso a los que piensan que la vida no es el bien supremo, y que cada uno puede disponer libremente de su cuerpo, sobre todo cuando la sociedad ya no puede esperar nada de ellos. La evolución de las sensibilidades ante este problema (el único grave de la existencia, Camus *dixit*) ha pasado de la reprobación a la comprensión, sin que por ello el suicidio haya perdido esa fascinación que atrae y horripila porque arroja la muerte a la cara, y sin que la libre disposición de la existencia personal parezca que vaya a ser un derecho inalienable, de que tengamos abierto ante nosotros lo que Séneca, mucho antes que Sartre, llamaba «El camino de la libertad».

Un camino que eligieron tantos... Citaré el que nos viene de pronto a todos a la mente, Hemingway, que renunció a vivir cuando le empezaban los achaques de la vejez, dejando una vida y una obra. Y en los últimos años, cuántos... Jacobo Lévy Moreno, célebre psiquiatra americano, iniciador de la psicoterapia de grupo, del psicodrama y de la sociometría, se extinguió dulcemente en su domicilio de Beacon (Nueva York), en 1974. Tenía 82 años. Sabía que estaba en el ocaso y decidió suspender las medicinas y la alimentación. Poco antes, el 13 de mayo de aquel mismo año, el embajador mexicano y escritor Jaime Torres Bodet se disparaba un tiro a los setenta y dos años. Henri de Montherland, tras escribir en su diario que «las dos mejores formas de salir de este mundo son matándose o que lo maten a uno», hizo lo primero después de haberle dicho al pintor Mac Avoy, la última persona que lo vio vivo: «Espero la muerte día tras día; prefiero llamarla yo mismo cuando mejor me parezca». Todos estos hombres, sabios sensatos, moderados, dan un sentido a su vida con su muerte. Ya que ésta es inevitable, nos dicen con sus actos, tenemos al menos la facultad de elegir la hora y el momento, en lugar de sufrirla. Por esto el suicidio de escritores (el último, Roman Gary), filósofos, pensadores, provoca perplejidad y molestia.

LA HORA DEL SUICIDIO

Confirman que el suicidio es un acto reflexionado, eminentemente personal y consciente, que no se observa en los animales, en los niños menores de diez años, ni en los alienados mentales. Tampoco se puede decir que en sus casos el suicidio haya sido un acto de cobardía y de desesperación, como definía San Agustín, que un Concilio decretaba de inspiración diabólica, que la Iglesia castiga con las llamas eternas y la negación de sepultura y de ceremonias religiosas. Estas personalidades claman que la muerte provocada, voluntaria, no es el reconocimiento de un fracaso, una huida ante el sufrimiento, sino al contrario, si hay que creer otra vez a Montherland: «Fracaso, no fracaso; el asunto carece de importancia. A través del suicidio se comprueban dos cosas: el coraje y el dominio de sí mismo. Entonces el suicidio es el florecimiento de una vida, como la llama corona la antorcha».

Hubo un tiempo en que fue así. En la Roma precristiana y en la antigua Grecia el suicidio ponderado, la *tempestiva mors* no provocaban reprobación general. Todavía, cierto es, permanecía la memoria de épocas arcaicas en que el suicidio se sentía como una agresión y una obscenidad, y un refrán latino decía que un individuo propenso al suicidio era un peligro público, pues si era capaz de atentar contra su vida, *a fortiori* atentaría contra la del vecino, que le importaba menos... Pero tanto el suicidio como la muerte por eutanasia eran admitidas como normales. De todas formas, la justicia permanecía indiferente a lo que consideraba como un asunto puramente moral. Se limitaba a resolver los problemas relativos al patrimonio familiar. En los documentos que se han hallado se citan las causas de suicidios, como enfermedades dolorosas, pérdida de seres amados, bancarrotas, etcétera. Una expresión figura a menudo: el «*taedium vitae*», por lo que se piensa que los juristas consideraban el aburrimiento como una razón suficiente, y se lee que «poner fin a sus días es un derecho de la naturaleza».

En Grecia, el muy estricto y severo Platón autoriza el suicidio del enfermo incurable, así como el del héroe derrotado en una batalla, que no puede aceptar la humillación, o que no soporta una crisis de locura, y así se mataron Ajax y Hércules. En Roma las familias discutían a veces con el *pater* acerca de la oportunidad del suicidio de éste. Se cita a menudo el caso del patricio Marcellinus, que se dejó convencer tras varias deliberaciones. Murió de inanición, con la

ayuda de sus médicos que le proporcionaron una muerte indolora y aún más: gracias a una serie de pócimas, conoció la voluptuosidad que proporcionan ciertos desmayos.

Sócrates bebió serenamente la cicuta, y Séneca se desangró en compañía de su esposa en un baño, ayudados por un esclavo. Pero todo esto era válido para las castas superiores. Los esclavos no tenían derecho a la muerte voluntaria. A ellos se les imponía la moral tradicional, que perdura hasta nuestros pueblos.

Los prejuicios contra el suicidio se deben en gran parte a la actitud intransigente de la Iglesia. Es el pecado más grave que se pueda cometer. Las Conferencias eclesiásticas de 1715 en Angers resumen los argumentos tradicionales expuestos ya por los santos Tomás y Agustín: «No hay ningún pretexto que pueda excusar el pecado del hombre que se quita voluntariamente la vida. Lactancio tiene razón cuando dice que es un crimen mayor matarse a sí mismo que al prójimo, pues aparte de que nada nos concierne tanto como a nosotros mismos, como dice San Agustín, al

matar a otro sólo se le suprime el cuerpo y su alma se puede salvar, mientras que al matarse uno mismo no sólo se suprime el cuerpo sino también se condena el alma». Evidente. Aunque el cura de Ars, con más razón que un santo decía que entre el puente y el agua del río el hombre que se tiraba desde arriba tiene tiempo para arrepentirse. Y en el siglo XVIII el jesuita Johan Robeck escribió una verdadera defensa e ilustración del suicidio. Pero no guardó valor. Fue considerada como un alegato *pro domo* pues este clérigo se suicidó en 1736.

Los padres de la Iglesia basan la condena del suicidio en los mandamientos «no matarás» y «amarás al prójimo como a ti mismo», que parece implicar tanto el suicidio como la eutanasia. Sin embargo, en el cristianismo primitivo se admitía, se alababa y se perseguía cierta forma de suicidio. Aun en el siglo III Tertuliano elogia a Pelagia, que se mata para preservar su virginidad, y san Jerónimo aprueba el gesto del asceta que se deja morir de hambre a los veinte años. Después interviene San

Tumba de un suicida fuera del cementario municipal.





La asfixia, por Pata.

dancia, y al seguir obcecadamente la tradición cristiana podían arrastrar a los irreductibles. San Agustín condenó el suicidio para desacreditar a los donatistas, que se inmolvaban para acceder al paraíso reservado a los mártires, y los cátaros que había recibido el *consolamentum* se dejaban morir cesando de alimentarse (rito de la *endura*) para no caer en el error ni en las contingencias carnales.

Otras religiones son menos estrictas que la católica en lo referente al suicidio. El protestantismo es mucho más tolerante. En un libro reciente Georges Ras explica que «los protestantes consideran que el suicidio es una forma, sin duda extrema, pero real, de la libertad individual que hay que respetar aunque resulte molesta, y el gran teólogo protestante Karl Barth evoca el caso de los que sometidos a la tortura y defendiendo una causa justa, temen denunciar a sus amigos. Admite el derecho e incluso el deber de suicidarse en tal situación. En cambio el versículo XX del Corán considera el suicidio como un crimen más grave que el homicidio, pero lo admite en caso de humillación militar. Por eso, cuando la derrota del ejército de Nasser en 1967 muchos oficiales egipcios se suicidaron, y lo mismo que el mariscal Amer, recibieron funerales religiosos.

La liturgia ortodoxa siempre ha oficiado por todos los muertos sin excepción, lo que implica que los cristianos orientales no consideran que los suicidados están irremediablemente condenados. Piensan que siempre les queda un momento para conseguir la salvación, como Virgilio, que les atribuye el arrepentimiento una vez que están en el infierno.

Durante siglos, al desdichado suicidario que marraba el acto más le valía morir. Las penas, el oprobio y la venganza de la sociedad eran horribles. Los anales de París cuentan lo de Jeanne Guyeau, condenada a muerte en 1704, «ahorcada y estrangulada hasta la muerte, convicta y confesa de haberse abierto las venas con las puntas de unas tijeras con intención de proporcionarse la muerte, y por esas heridas se puso en peligro de muerte». La pobre mujer, que lamentó inmediatamente su gesto, que fingió estar encinta para salvarse de la muerte, fue ejecutada tal como explica la sentencia, en la Place de Greves, que es hoy la del Hotel de Ville donde está Jacques Chirac de alcalde.

La posición radical de la Iglesia católica no evitó los suicidios, ni siquiera en sus filas. En la Edad Media, la carencia de estadísticas, la voluntad

Agustín para invalidar esos ejemplos. Más vale afrontar el deshonor del mundo que matarse, como Lucreio o Catón. Y en cuanto a los suicidios bíblicos, los exégetas de la Edad Media estaban muy desconcertados para explicar el caso de Sansón: hubieron de imaginar que se había inmolado al tiempo que aplastaba a sus enemigos obedeciendo a una orden excepcional de Dios. A otros suicidios no se les encontraba explicación (Saúl, Abimelec, Aquitofel), y entonces insistían en los personajes que mostraban una repulsión divina por el suicidio, como el santo Job, de paciencia infinita, que aceptó todos los sufrimientos terrenales sin pensar en liquidarse, y hacían hincapié en los suicidados, siempre enemigos de Jesucristo: Herodes, Poncio Pilatos y, sobre todo, el muy traidor Judas Iscariote. Recordaban que Jesucristo resistió a las tentaciones suicidarias del diablo, que le llevó a la santa ciudad y le puso sobre el pináculo del templo y le dijo: «Si eres hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está: a sus ángeles mandará acerca de ti» (S. Mateo 4,6). Y Jesucristo le dijo: «Escrito está también: no tentarás al Señor tu Dios». Tampoco admiten los Padres de la Iglesia que tal vez el mayor acto de eutanasia haya sido cometido por

la primera persona de la Santísima Trinidad, al no acudir en auxilio de la segunda, que se lo imploraba y la dejó morir crucificada.

El cambio de actitud de la Iglesia ante el suicidio cabe explicarlo por su deseo de, ya triunfante y oficializada por Constantino, señalar que la época heroica, de las catacumbas, de las persecuciones del cristianismo original y primitivo había terminado. Resulta que los dignatarios estaban instalados en parcelas del poder, como hoy los partidos políticos, y los fieles seguían sintiendo un gusto irresistible por el martirio, que provocaban por esa nostalgia invencible. Algo así también como los que se empeñan en hacer la revolución pese a sus dirigentes. Desde entonces la búsqueda de la muerte, incluso por motivos espirituales elevados, dejaba de ser legítima por orden de la jerarquía.

Se predicaban otras maneras de elevación: la ascesis, la penitencia, las peregrinaciones, la entrada en los conventos, y otras formas de «muerte del mundo», pero nada de «muerte de la vida», que se estaban quedando sin huéspedes.

Tanto más que si la Iglesia oficial había perdido el gusto del martirio, los heréticos lo practicaban con abun-

LA HORA DEL SUICIDIO

de ocultar ese tipo de muerte vergonzosa para las familias dificulta la evaluación numérica, y aún hoy este tipo de consideraciones sigue pesando en los recuentos. Por eso, los países nórdicos y protestantes arrojan cifras más elevadas de suicidios que los mediterráneos y católicos. Pero se puede calcular su importancia por los manuales de los confesores, por la literatura homilética y por la hagiografía de la época medieval. También los documentos judiciales revelan la identidad de los suicidados, su origen, los motivos de sus actos y los procedimientos utilizados. Se puede decir que todas las categorías sociales acudían voluntariamente a la solución final, monjes y creyentes incluso, y hasta la mismísima Santa Juana de Arco cayó en la tentación cuando estaba encerrada en el castillo de Compiègne. Se arrojó de la torre de Beaurevoir porque «prefería morir a vivir asistiendo a la aniquilación de tanta buena gente, y por estar en manos de los ingleses». Estos datos, aunque fragmentarios, indican que poco cambiaron desde entonces las estadísticas sobre el suicidio: los hombres eran mucho más numerosos, como hoy, a la hora de entregarse a la muerte (cinco hombres por una mujer), y los métodos utilizados no diferían sustancialmente de los de la modernidad; más de la mitad (y el cincuenta por ciento ahora), ahorcados; ahogados un diez por cien, como hoy, y el resto apuñalándose o despenándose, lo que equivale a asfixiarse con gas o tirarse de la Torre Eiffel, facilidades para el suicidio que entonces no había.

En los siglos XVIII y XIX llega al continente europeo una verdadera epidemia de suicidios procedente de Inglaterra. El filósofo Bacon había inventado el término *suicidio*, hasta entonces desconocido. La bancarrota de Laó y los excesos del romanticismo hicieron que la princesa Palatine se espantara del número de franceses que se quitaban la vida. «La moda de París es ahora irse voluntariamente para el otro mundo», escribe. Se acusa a Inglaterra de haber exportado su mal, «el ejemplo de cierta nación y sus escritos para autorizar el suicidio han hecho que muchas mentes se perturben», escribe un cronista.

Hoy, lo mismo. De la pérfida Albión nos llega la moda, el examen de ideas y temas que durante siglos fueron considerados inmorales, valga decir la prostitución, el aborto, la homosexualidad y la droga. Y ahora el suicidio y la eutanasia. ■ R. C.

TIEMPO de HISTORIA

AÑO VII NUM. 78 150 PESETAS



INDICE
números
51-75

ALGUNAS CLAVES SOBRE EL ASESINATO DE TROTSKI

Director: EDUARDO HARO TECGLÉN

En su número 78 de mayo, TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- **ALGUNAS CLAVES SOBRE EL ASESINATO DE TROTSKI**, por J. Gutiérrez Álvarez.
- **1931-1981: CINCUENTA AÑOS DE VOTO DE LA MUJER ESPAÑOLA**, por Concha Fagoaga y Paloma Saavedra.
- **UNAS PALABRAS PARA JOSE MARIA MORENO GALVAN**, por Eduardo Haro Ibáñez.
- **CUATRO GENERALES CONTRA LA REPUBLICA: UN «GOLPE» EN FRANCIA**, por Ramón Chao.
- **LA GENERACION BEAT: OTRA GENERACION PERDIDA**, por Eduardo Haro Ibáñez.
- **DOSTOIEVSKI: VIVIR, ESCRIBIR LA EPOCA**, por Miguel Bayón.
- **ESPAÑA 1951: Selección de textos y gráficos** por Fernando Lara y Diego Galán.
- **LA ANTIGUA GRECIA A TRAVES DE SUS POETAS**, por Nelson Martínez Díaz.
- **REVISTA DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORANEA.**
- **UN VISIONARIO LATINOAMERICANO: FARABUNDO MARTI**, por Andrés Cañas.
- **INDICE DE «TIEMPO DE HISTORIA» (NUMEROS 51 AL 75)**, realizado por Fernando Tafalla Cartagena.
- **CINE: «Siberiada» y «Kagemusha»**, por Alberto García Ferrer.